

DEPONER TODA VIOLENCIA

Mensaje de Resurrección

Pascua de 1970

Una vez más, queridos hijos, los cristianos hemos seguido en estos días, con nuestro afecto y nuestro recuerdo, la trayectoria dolorosa y sangrienta del camino del Calvario, de la Pasión del Señor.

Una vez más, hemos evocado aquellas horas en que contrastan tan vivamente la mansedumbre y la bondad de Cristo con el odio y la violencia de sus opositores.

Una vez más, nos ha parecido ser testigos impotentes del triunfo de la injusticia, de la intriga y de la mentira, en lucha contra la Justicia, la Verdad y el Bien.

La muerte de Cristo nos enfrenta con el gran problema de la Humanidad de hoy y de siempre: ¿cómo vencer el mal? ¿Cómo destruir la injusticia? ¿Cómo llevar la salvación y la liberación a todos los hombres?

El Señor da una respuesta a este problema, que ha angustiado a los corazones generosos de todas las épocas.

El Señor ha enfrentado la injusticia estructural de su tiempo y la ha vencido. El Señor ha cambiado viejas instituciones oprimentes, por otras hechas para servir al hombre y hacerlo libre.

El Señor ha vencido el odio con el amor, ha vencido el Mal con el Bien. La tentación de la violencia, la tentación de Pedro, el jefe de los suyos, de sacar la espada y defender al inocente destruyendo al culpable; la tentación de combatir el mal arrancándolo de la Tierra; de hacer llover el fuego del cielo sobre los que luchan contra el Evangelio y resisten a la Verdad, se ha insinuado con persistente constancia, y con renovada y convincente dialéctica,

a través de los siglos de vida de la Iglesia de Cristo, y ha solicitado a generaciones de cristianos, que no siempre han sabido rechazarla, siguiendo el ejemplo del Maestro. Llenos, a veces, de generosas ilusiones, discípulos de Cristo han emprendido el camino de la violencia; han sacado la espada de la vaina y, como Pedro, han derramado la sangre de sus hermanos.

Cuantas veces la Iglesia ha tomado este camino y ha saboreado, seducida por su belleza, este fruto tentador, ha debido llorar amargamente, arrepintiéndose de haber emprendido el derrotero de la guerra para obtener la Paz.

La triste experiencia de la Historia ha venido a demostrar, a los hijos del Mártir del Gólgota, que sólo hay una manera de vencer el Mal: el Bien. Que sólo se extingue el odio, en el Amor.

Que sólo se edifica la Justicia, con el sacrificio generoso del que sabe dar lo que tiene para satisfacer el hambre del que no tiene.

Hay en todo esto, queridos amigos, un misterio de vida. Si el grano de trigo no muere, no podrá dar mucho fruto; pero si se sacrifica y muere, su fruto será abundante.

Cristo nos ha señalado un camino, del cual no nos es lícito a los cristianos apartarnos: debemos dar nuestra vida, nuestra inteligencia, nuestras energías y nuestro amor, para que la Justicia y la Paz reinen en la Tierra.

La extraña aventura de su vida, que termina en la dolorosa y desastrosa muerte de Cruz, sólo se explica por el triunfo de su Resurrección Gloriosa. Era necesario que el Cristo padeciera y muriera, para que se transformara en fuente inagotable de vida. Era necesario que las tinieblas invadieran la Tierra para que la luz gloriosa del Sol de Justicia brillara sobre toda la ancha faz del mundo. Era necesario que la injusticia triunfara aparentemente, para que a los pobres se anunciara la Buena Nueva de su redención y la Justicia empezara a construir el Reino de los cielos en este humilde y pequeño planeta.

Sólo quien ama ilimitadamente el Bien y jamás transige con el Mal; sólo quien se sacrifica hasta dar su vida por la Justicia; sólo el que sabe dar sin pedir, es el que construye un mundo mejor y realiza, en él y en los demás, la verdadera y única revolución liberadora.

A imitación de Jesucristo, debemos ser los enemigos de la guerra y de todas las violencias que engendran injusticias mayores que las que se quiere destruir; pero al mismo tiempo debemos ser los constructores de la Paz, que sólo se elevará sobre el cimiento de la generosidad, que sólo se construirá sobre la piedra indestructible del sacrificio redentor.

Andar mil pasos con el que nos obligaba a dar cien; dar también la capa a quien nos pide la túnica; presentar la otra mejilla para extinguir el odio en quien nos hiere injustamente; morir por la redención de los que nos odian y maldicen, dándoles todo lo que somos y tenemos, para que en sus almas nazcan el amor y la bondad, son las bases de un cambio trascendental en nuestro mundo. Son los fundamentos únicos de la Resurrección gloriosa de la Humanidad que hoy, más que nunca, está sedienta de Justicia, de Amor y de Paz.

El cristianismo es una religión de Vida y de Amor; y por eso mismo es una religión que exige generosidad total. Las debilidades y errores nuestros, más de una vez, han desfigurado la faz de Cristo y han hecho inoperante su doctrina.

Hoy el Señor nos llama a renovar nuestra confianza en Él y en la gracia redentora que nace de su Cruz.

Nos pide que, junto con El, emprendamos la tarea de la redención y liberación de nuestros hermanos, entregando nuestras vidas a la heroica y bella misión de construir un mundo más humano y, por lo tanto, más divino.

En este año, en nuestro Chile, el Señor llama a los cristianos a ser la levadura en la masa, la sal de la tierra, la luz del mundo. Hoy, cuando en nuestra

patria, debido a la contienda electoral, suenan tantas voces airadas, pareciendo que la Paz y la equidad y el Amor no tienen más cabida en ella, hoy, más que nunca, Cristo nos llama a deponer toda clase de violencia y edificar el bien de la nación sobre la base de la generosa entrega, de la serena equidad, y de la justicia que construye sin estridencias.

¡Que haya Paz en nuestras ciudades y campos; que la lucha electoral no rompa la tradicional unidad de la familia chilena; y que todos entendamos el significado profundo del sacrificio redentor de Cristo, que dio su vida para reunir a los hijos dispersos!

Sólo así se verificará el deseo del Maestro, que con todas nuestras humildes fuerzas hacemos nuestro: MI PAZ OS DEJO. MI PAZ OS DOY - NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN NI SE ACOBARDE... YO ESTARÉ CON VOSOTROS...

Pascua de Resurrección, 1970.